

IV Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata

La Argentina de la crisis. Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones

Título de la ponencia: “Experiencias de autoorganización en torno a la recuperación informal de residuos”

Autora: Sabina Dimarco. Lic. en sociología (UBA). **Becaria doctoral del CONICET (UNGS)**

Correo electrónico: sabinadimarco@yahoo.com.ar

Mesa N° 6: “Cuesta abajo”

Introducción

El sostenido proceso de disgregación de la clase trabajadora en su forma tradicional como consecuencia de las políticas de corte neoliberal -redefinición del Estado y el mercado mediante – condujo al paulatino incremento de la población que recurre a la recolección de residuos como el principal -sino el único- sustento de su cada vez más empobrecida economía familiar. Este *increscendo* encuentra su punto cúlmine con la crisis del 2001: en aquel momento, junto con los saqueos y el Congreso “tomado” por los “caceroleros”, los cartoneros se convierten en una postal de la situación que atravesaba el país. Cuatro años después, la recuperación informal de residuos persiste como actividad económica que permite la subsistencia de vastos sectores de la población y la disminución de su número es escasamente sensible a los indicadores económicos que se exhiben orgullosamente desde el gobierno como cifras optimistas respecto de la recuperación productiva del país. En torno a esta actividad laboral, una de las que más se ha incrementado en los últimos años, se ha ido generando una extensiva y compleja trama de sociabilidad.

Es sobre esta población que trata la presente ponencia. Más específicamente, nos centraremos en un sector particular de esta población: la de aquellos que están dejando de pensar a esta actividad

como transitoria o “de paso” (hacia otro trabajo formal o informal) y se encuentran desarrollando experiencias de organización colectiva que les permita mejorar su situación *en la actividad de la recuperación de residuos*. Como veremos, esto implica una suerte de *institucionalización* de la actividad y *proyecto de sí* en relación con la misma.

Nos centraremos en el análisis de tres experiencias de autoorganización en torno a la recuperación informal de residuos: el Tren Blanco, la Cooperativa Reciclando Sueños y la Cooperativa Ecológica del Bajo Flores. Aunque con marcadas diferencias en cuanto a su estructura, su modo de funcionamiento y sus objetivos, todas ellas constituyen ejemplos en donde predomina el intento por construir vínculos sociales y normativas comunes a un colectivo, en una población signada por la exclusión y la fragmentación social y en una actividad fuertemente individualista y basada en relaciones de competencia.

En un primer momento de esta presentación voy a describir sucintamente la forma en que surgen las tres organizaciones estudiadas. En un segundo momento, desarrollaré las formas que adoptan estas experiencias en la construcción de su estructura interna y las formas de sociabilidad que a partir de allí se desarrollan. Por último, intentaré avanzar en una explicación de los elementos que permitieron la emergencia de formas de organización colectiva en una actividad caracterizada por su individualidad y fragmentación. En este último punto buscaremos que nuestra explicación trascienda la explicación meramente económica que, consideramos, no alcanza para dar cuenta del fenómeno en su complejidad.

La metodología utilizada es de índole cualitativa. En relación al cuerpo de datos que hemos analizado, el mismo fue construido a partir de 24 entrevistas en profundidad realizadas a los diferentes integrantes de las organizaciones seleccionadas y observaciones participantes. A medida que avanzábamos en la investigación las observaciones participantes fueron cobrando cada vez más relevancia dado que nos permitían un acercamiento privilegiado a las prácticas cotidianas y a la dinámica organizacional. En forma adicional, trabajamos con documentos publicadas por las

organizaciones, notas periodísticas así como notas y fotos que nos fueron proveyendo los entrevistados.

La presente ponencia reproduce algunas partes de un artículo elaborado gracias a la contribución del Programa Regional de Becas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) sobre las experiencias de autoorganización de cartoneros, temática que continúa desarrollando en la actualidad como becaria del CONICET.

Antes de abocarnos en los objetivos planteados, comenzaremos por dar cuenta muy brevemente del contexto socio-económico y político en el que dicho análisis cobra sentido.

Transformaciones macroestructurales y el cirujeo como práctica económica de subsistencia en la Ciudad de Buenos Aires

Los años '70 marcan el inicio de una profunda reestructuración económica, política y social, tendiente a una drástica transformación del mercado y el Estado argentino.

Entre las principales políticas de reestructuración económica que se implementaron se cuentan la profunda y asimétrica apertura comercial y financiera, el vertiginoso proceso de privatizaciones de empresas públicas, la desregulación de los mercados, la promoción y desregulación de la inversión extranjera, y la fijación del tipo de cambio (Giosa Zuazua, 1999; Aspiazu, et al. 2000).

Estas reformas acarrearán intensas transformaciones en el mundo del trabajo. Entre las más significativas podemos mencionar la desproletarización del trabajo industrial y la subproletarización presente en la expansión del trabajo parcial, temporario, precario, subcontratado, terciarizado (Antunes, 1999). Como resultado de estas transformaciones, la clase trabajadora (en la que incluimos a quienes se encuentran sin trabajo involuntariamente) se complejiza, se fragmenta y se hace más heterogénea.

El derrumbe de la Convertibilidad se produce en el marco de niveles de desocupación inéditos en nuestra historia. Esta combinación entre una enorme masa de personas que se encuentran sin trabajo y la devaluación (que conlleva un incipiente proceso de sustitución de importaciones ante el

abrupto incremento del precio de los productos que hasta el momento se importaban) ofreció un nicho de empleo a miles de personas hacia el final del año 2001. Efectivamente, con la devaluación vuelve a tener valor en el mercado el reciclado y la reutilización de ciertos materiales (papel, cartón, vidrio, metal, plásticos) que experimentaron un fuerte incremento de sus precios. De este modo, el reciclaje informal se convierte en una estrategia laboral para un alto porcentaje de esa población desocupada. Esto se debe a que se trata de una actividad de relativamente fácil acceso y que puede comenzarse en cualquier momento (Schamber y Suárez, 2002)

Si bien por las características mismas de la actividad es muy difícil establecer cifras exactas, a principios del año 2002 se calculaba que cerca de 30.000 personas (Gorbán, 2004) llegaban diariamente a la Ciudad de Buenos Aires con el fin de encontrar un sustento en aquello que el resto de los habitantes de la ciudad desechan.

Resulta importante recordar aquí que la actividad de la recuperación informal de residuos en la Ciudad de Buenos Aires data de fines del siglo XIX. En el año 1977, una ordenanza de la dictadura militar dictada por el ex-Intendente Cacciatore prohibió el reciclaje informal de residuos y estableció que sólo las compañías contratadas por la empresa pública CEAMSE¹ (en ese momento recién creada) tendrían autorización para recolectar residuos sólidos (Koehs, 2002). No resulta casual entonces que la prohibición del cirujeo surgiera paralelamente a la primera privatización del servicio de recolección de residuos (que recayó en manos de la empresa Manliba), y mucho menos casual aún si se tiene en cuenta que las empresas cobraban por tonelada depositada². Los gobiernos democráticos posteriores mantuvieron la ilegalidad del cirujeo hasta el año 2003. Sin embargo, esta actividad laboral nunca desapareció y el número de personas que se dedicaban a ella fluctuaba dependiendo de los precios de los materiales reciclables en el mercado y de los ciclos económicos. Un primer incremento considerable del número de personas que se vuelcan al reciclaje informal se da a partir de 1995 con el fuerte incremento de la desocupación (Suárez, 2001). Sin embargo, el año 2002 marca un punto de inflexión: con la devaluación el número de personas que encuentran una

¹ Artículo N° 6 de la Ordenanza N° 33.851

² Entrevista realizada por la Revista Parlamentario al Diputado E. Valdés. 2002

salida a su situación de desempleo en el cartoneo alcanza niveles extremos hasta convertirse probablemente en la actividad que más ha crecido en los últimos años³. La magnitud y tenacidad con que la actividad crece en esos años, a pesar de estar prohibida y ser perseguida policialmente, instala el tema en la agenda pública. En enero de 2003 el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires incorpora a los cartoneros como parte del Servicio de Higiene Urbano a través de la Ley 992. En el marco de esta ley se crea el Programa de Recuperadores Urbanos (PRU), en el ámbito de la Secretaría de Medio Ambiente (hoy, Secretaría de Producción, Turismo y Desarrollo Sustentable), que más tarde deviene Programa Buenos Aires Recicla (BAR).

De este modo encontramos que en la actualidad, a los cirujas “históricos”⁴ se agregan aquellos que han sido expulsados del ejercicio de sus oficios y se han refugiado en la recolección de materiales reciclables como alternativa ante el desempleo. Este refugio *forzoso* en el cirujeo diferencia a los cartoneros actuales de los “crotos” de antaño (Fajn, 2002). De este modo, la población que actualmente tiene como actividad principal la recolección de residuos reciclables resulta altamente heterogénea en cuanto a sus trayectorias sociolaborales; no obstante, suelen tener en común la situación de *exclusión social* en que se encuentran, dada por su precariedad económica y laboral, por su no-inclusión en los canales formales de representación y de participación político partidaria y/o gremial, y las dificultades para acceder a bienes culturales.

Ahora bien, resulta fundamental aclarar que la informalidad extrema en que se realiza el trabajo y la condición de marginalidad de los sujetos que lo realizan, no debe hacernos perder de vista que la recuperación de materiales reciclables es parte de un negocio de muy alta rentabilidad para quienes se encuentran en el otro extremo de la cadena. De este modo, no hay que olvidar que, aunque la recuperación encuentre como meta inmediata la subsistencia material de los cartoneros, ésta constituye un componente esencial de la generación de materia prima para la industria local; en otras palabras, aún en su informalidad y siendo el primer eslabón de la cadena, los cartoneros no se

³ Una investigación realizada entre mayo de 1998 y 2002 por la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Católica, dirigida por Agustín Salvia, sostiene que el empleo informal que más creció fue el de los cartoneros. Citado en Busso y Gorbán (2003)

⁴ Así denominan algunos cartoneros a los “cirujas” que hace muchos años –o, incluso, generaciones- que viven de esta actividad.

encuentran por fuera del sistema de mercado sino que, con su trabajo, contribuyen a fortalecer el mismo. Nos interesa remarcar este punto porque no quisiéramos que la utilización de conceptos como el de “informalidad” y “exclusión” hicieran perder de vista las relaciones de interdependencia funcional que vincula a este sector de la población con el entramado más amplio de relaciones socio-económicas (Elias, 1970). Muchas veces se reproducen interpretaciones dualistas de la sociedad (individuos integrados vs. excluidos, formalidad vs. informalidad, normal vs. anormal) que no permiten pensar estas situaciones en su complejidad (Bialakowsky, 2001).

En este sentido, los cartoneros se encuentran en el primer punto de una cadena económica productiva que maneja alrededor de 500 millones de pesos anuales (Zlotogwiazda, 2004). Cada eslabón que compone el circuito comercial de los materiales reciclables – conformado por el cartonero en primer lugar, luego el acopiador menor o cooperativa o directamente el acopiador especializado, hasta llegar a la planta recicladora y la papelera que la prepara para el mercado interno o externo (Jagger, 2005)- va incrementando su ganancia; al final del recorrido, el grueso se lo llevan unas pocas grandes empresas. Con un ingreso mensual promedio de entre 200 y 250 pesos (ingreso sujeto a la estacionalidad de los precios) (Zlotogwiazda, 2004; Unicef, 2005), los cartoneros se llevan una mínima proporción de lo que genera este negocio, aunque tienen un rol fundamental para que el circuito funcione.

Del trabajo individual al trabajo organizado colectivamente

Retomando lo hasta aquí planteado, podemos ver que cuando hablamos del cartoneo en la Ciudad de Buenos Aires hacemos referencia a una actividad laboral que lleva más de un siglo de existencia pero que se ha ido modificando y complejizando al ritmo de las transformaciones socioeconómicas mencionadas. En este marco, la emergencia de organizaciones y cooperativas de cartoneros es un fenómeno relativamente reciente que, en su forma actual, se remonta a los años '90 (Fajn, 2002; Paiva, 2004). En este apartado intentaremos explicar entonces cómo se produce, en los

casos estudiados, ese pasaje del trabajo realizado en forma individual o familiar a formas colectivas de organización del trabajo.

Veremos que, en los tres casos, las primeras experiencias de organización de trabajadores cartoneros se encuentran estrechamente vinculadas a un *escenario de necesidad*: en un caso será la urgencia por encontrar interlocutores frente a las empresas de trenes; en otros, la necesidad de juntarse para evitar el abuso de los compradores del material o la urgencia económica de aumentar los magros ingresos mediante el acopio. En todos los casos, nos encontramos con que la opción de la autoorganización aparece como el último recurso para la protección del empleo. De este modo, podemos decir que las experiencias estudiadas se ubican en la tendencia indicada por Vuotto según la cual en las décadas del 80 y 90 se ha comenzado a vivir un verdadero auge del cooperativismo del trabajo íntimamente ligado a la crisis económica y su secuela de desempleo (2000). En estos casos, y a diferencia de las cooperativas que surgieron durante los 70, impera la condición de necesidad más que “la condición de pertenencia a un grupo social ligado por una identidad colectiva o por un destino común” (Vuotto, 2000: 173). De este modo, la constitución del grupo como tal será recién un segundo momento en las experiencias. Esto tendrá, por supuesto, sus efectos en la modalidad que las organizaciones adquieren.

Sin embargo, no podemos ignorar que la mayoría de las personas que se dedican a esta actividad, ante el apremio de la supervivencia, optan por trabajar en forma individual o familiar. Como sabemos, organizarse implica dedicarle tiempo a entablar reuniones con diferentes agentes, tener una mirada que vaya más allá del propio trabajo e incorpore al colectivo y hasta, en algunos momentos, implica destinar parte de los propios ingresos a cuestiones relacionadas con la organización. De este modo, no resulta evidente que algunos sujetos se junten en pos de una salida colectiva en una actividad que se caracteriza por su fragmentación y considerada la mayor parte de las veces como transitoria. La pregunta que se impone es: ¿cuáles fueron las condiciones que hicieron posible la emergencia de estas experiencias de organización en torno a la recolección informal de residuos?

Los inicios: el Tren Blanco, la Cooperativa Reciclando Sueños y la Cooperativa del Bajo Flores

El denominado “**Tren Blanco**” (TB) (que realiza el recorrido de J. L. Suárez a Retiro) implementado en el año 2000, fue el primero de los “trenes cartoneros” y hoy se ha convertido en todo un símbolo de la organización cartonera. La historia de su surgimiento no se encuentra ligada a ninguna lucha ni reivindicación del sector sino, por el contrario, a una respuesta de la empresa (en este caso, Trenes de Buenos Aires) a las quejas del resto de los usuarios del tren que no querían compartir el viaje con los cartoneros. Asimismo, la elección de los delegados no surgió en forma espontánea sino que respondió a una demanda de la empresa que necesitaba interlocutores válidos a quienes dirigirse. Sin embargo, esto que aparece en un primer momento como respuesta a una imposición externa y, fundamentalmente, a un acto más de discriminación y exclusión a estos trabajadores (Gorbán, 2004), luego se resignifica produciendo en la mayoría de las personas que utilizan este tren la sensación de que el Tren Blanco y la organización a través de delegados son logros de los propios cartoneros.

Ciertamente, el tren “cartonero” significó para ellos una mejora del viaje diario a la capital ya que permitió solucionar el problema de la interminable espera de cada día para subir al único furgón que tenía el tren. En palabras de uno de los delegados: *“Tenías que ir a las tres de la tarde para subir a las seis, siete. Tenías que ir a hacer la cola y había 50 carretas delante tuyo y entraban cuatro o cinco por coche”* (delegado, TB). Por otra parte, la mayoría de los usuarios de este tren plantean que se sienten más seguros desde que hay delegados que los representan.

A partir de entonces, comienza efectivamente a gestarse una historia de esfuerzo y lucha, en la cual, según explican, los cortes de vía cumplieron un papel fundamental: *“...porque nosotros todo lo que tenemos lo conseguimos ¿por qué? ¿Porque nos lo dio TBA? No, nosotros lo tenemos por el esfuerzo de nosotros mismos. Nosotros para poder organizarnos y poder pagar un abono tuvimos que pelearla”*, recuerda una delegada.

En cuanto a la estructura de la organización, cada uno de los barrios más numerosos de J. L. Suárez – La Carcova y Curita - tiene su delegado. Éstos, a su vez, eligen subdelegados de su confianza. En el TB viajan también cartoneros que provienen de Tigre, Escobar y Zárate que deben viajar en el “diesel” o “gasolero” hasta la Estación Ballester y allí hacer combinación con el TB. Quienes viajan en el diesel tienen a su vez una delegada y subdelegados por cada estación en la que suben (Bancalari, Pacheco, Benavidez, Maschwitz, etc.). No obstante, una vez en el TB, los delegados del diesel pierden ese rol y responden a los delegados de Suárez. Cada delegado cuenta con un listado con todas las personas de su zona y sólo puede subir quién se encuentre allí inscripto. Es con esa lista que luego los delegados se encargan de conseguir el abono con precio especial para los cartoneros. En este momento, según cálculos de los delegados, en el tren viajan aproximadamente quinientas personas de las cuales trescientas se encuentran abonados.

El caso de la cooperativa “**Reciclando Sueños**” (RS), ubicada en Barrio Fátima -más conocido como villa 3- en Soldati, también tiene su origen más ligado a una promoción “desde afuera” que a un proyecto concebido espontáneamente entre sus miembros. Cuando finalizando el año 2002 fueron invitados a participar de los encuentros de cartoneros que estaba organizando el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC), aceptaron sin prácticamente conocer de qué se trataba. Allí escucharon hablar por primera vez de los valores cooperativos y la riqueza del trabajo colectivo, aquello que se les aparecía tan lejano de su práctica cotidiana. Según deja entrever el relato de quienes participaron en aquellas primeras reuniones, había que ser un poco soñador y bastante optimista para creer en el proyecto que se les presentaba. Con el transcurrir de las reuniones, muchos fueron abandonando esta propuesta que veían como inalcanzable; otros, en cambio, se quedaron y comenzaron a darle forma al proyecto. Como recuerda un entrevistado: “Y, *nos pareció una locura formar una cooperativa! No teníamos cultura cooperativista. Hasta hoy creo que no hay una cultura cooperativista, digamos, no hay conocimientos sobre cooperativismo. En ese momento se habló de cooperativismo cartonero. Y bueno, muchos dijimos ‘es imposible, cómo es eso de pagar... un montón de cosas. La mitad quedó y la mitad se fue...’*”.

En un primer momento comenzaron a organizarse como parte de la Cooperativa El Ceibo (Palermo). Con el tiempo, las diferencias con El Ceibo y EL IMFC fueron más fuertes que los acuerdos, pero para entonces ellos se sentían fortalecidos y con los conocimientos necesarios para seguir adelante solos. Surge así la cooperativa “Reciclando Sueños”, conformada casi en su totalidad por vecinos de la zona. Tal como sucede en el caso del TB, el proyecto que surge promovido por agentes externos es reapropiado y resignificado por los actores involucrados. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar que esta “reapropiación” implica marcadas modificaciones en la concepción misma de lo que es el cooperativismo. En los hechos, lo que queda es la idea de hacer un proyecto de trabajo en conjunto en el cual, los “valores cooperativos” parecen más una retórica que una realidad.

La “**Cooperativa Ecológica de Recicladores del Bajo Flores**” (Cerbaf) es la única de las tres que surge por iniciativa de cartoneros, aunque no directamente por los que la conforman. Según recuerda su presidente, Francisco, fue el secretario del Sindicato Único de Cartoneros⁵ quien le encomendó la tarea de sacar adelante un proyecto que nucleara a cartoneros de la zona sur de la Capital. Francisco venía de participar en ese primer intento de formar un sindicato de cartoneros en nuestro país (proyecto al que veía debilitarse paulatinamente), y acababa de ser elegido delegado de manzana en la villa 1-11-14 en la que vivía. No obstante, como veíamos también en los casos de las otras dos experiencias, en un primer momento la idea de dar forma a un proyecto de ese tipo le parece algo sumamente lejano: “*Yo me los quedé mirando. Me reía delante de ellos, les dije “pero uds. se tomaron un par de grapas y me vienen a romper las bolas!”*. [...]Y yo le dije “estás loco”. Finalmente accedió a intentarlo con muchos temores y una única certeza: “*[le dije] `pero yo no sé que voy a hacer!’*. *Honestamente no sabía. (...)... yo no junó una. Yo sé del laburo pero... viste?”*. Fue entonces sobre ese conocimiento que le otorgaban los quince años que llevaba dedicado a este trabajo, ese “saber hacer” intransferible, sobre lo que se apoyó para dar forma a lo que sería la CERBAF o, como repite permanentemente (algunas veces con preocupación y otras con cierta

⁵ El Sindicato Único de Cartoneros y Afines (SUCARA), primer intento de este tipo en nuestro país, forma parte de la CTA.

satisfacción), lo que se terminó conociendo como “la cooperativa de Francisco”. Sin embargo, Francisco remarca que no se quedó con ese saber previo sino que comenzó un proceso arduo de investigación sobre el tema (fundamentalmente sobre temas relacionados con el problema de la basura y la temática ambiental) que implicó recurrir a contactos que había ido estableciendo: *“Y fue así, empecé a investigar con compañeros. Yo no sabía nada de Internet, fui al Emen 3, al director que es un compañerazo, y le dije “mirá, necesito información sobre la basura”. Se me quedó mirando y me dice: “negrito, sos delegado está todo bien pero, ¡apuntá para otra cosa!”. Y al final él me trajo tres diskettes”*. De este modo, podemos observar que los vínculos sociales jugaron un papel muy importante en su conformación. Sin embargo, no todas las redes que había tejido jugaron un papel de cooperación en ese primer momento; por el contrario, muchas de las personas e instituciones a las que pensó que podía recurrir en caso de necesitarlo no se hicieron presentes. Sin embargo, Francisco tuvo la precaución de no romper esos vínculos que, como veremos, pudo capitalizar más adelante. Inclusive, sus más antiguos compañeros, que también se dedicaban a la recolección y a quienes Francisco consideraba personas que “hacían cosas positivas”, en un principio prefirieron no seguirlo en un proyecto que consideraban inviable: *“no negro, para asuntos de cartoneros nosotros no estamos, estamos para el piquete...”*. Finalmente, quien más apoyo le prestó fue el cura del barrio. Así comenzó a gestarse lo que en términos de Francisco es “la cooperativa más prestigiosa” que, dice, además de haberles permitido crecer laboralmente, les valió un premio de la Legislatura por su contribución a la ecología y al medio ambiente.

La cooperativa cuenta actualmente con once socios más otras veinte personas que trabajan en sus emprendimientos. Su conformación es muy heterogénea en cuanto a sexo y edades.

Formas de sociabilidad y el lugar de los referentes

Del recorrido realizado a través de la historia de la constitución de cada una de las experiencias se desprende el lugar protagónico que tuvieron algunas personas en particular. Estas personas se convierten, en cada uno de los casos, en los referentes de las experiencias: son los

presidentes, en el caso de las cooperativas, y los delegados generales, en el caso del Tren Blanco. Este lugar de centralidad que tienen determinados sujetos, ligados a su papel en el surgimiento de la organización, marcará la forma que adquiere posteriormente la dinámica interna de estas experiencias.

En efecto, la estructura interna de relaciones en las organizaciones se dan en dos niveles: un primer nivel, constituido por personas muy cercanas al referente con el cual los unen lazos de amistad y vecinazgo, y un segundo nivel, conformado por personas que tienen una relación más distante e intermitente con la organización. En el caso de los primeros, participan en forma activa de las cuestiones concernientes a la organización y establecen un compromiso con la misma. Este núcleo de personas suele ser bastante reducido (en general no son más de cinco o seis personas) y con un importante componente familiar. En el caso de las cooperativas, son quienes ocupan cargos y participan en las asambleas. En general son las personas que estuvieron desde el inicio de la organización. En el caso del Tren Blanco está compuesto por los subdelegados, elegidos directamente por el delegado en virtud de una relación que los unía previamente. Los subdelegados tienen una función muy activa en el ordenamiento del viaje en el tren y cumplen básicamente la función de intermediarios entre los delegados generales y el resto de los usuarios. En cuanto a quienes ubicamos en un segundo nivel, mantienen con la organización una vinculación más distante, fundamentalmente porque no participan directamente en los asuntos relativos a la gestión de la misma. En casos extremos, mantienen con la cooperativa el mismo tipo de vínculo que con cualquier galpón de compra-venta de material.

En todos estos casos, los referentes (delegados y presidentes) tienen un papel esencial como articulador de las relaciones entre los miembros.

Los rasgos hasta aquí mencionados conducen a una modalidad de organización en donde las relaciones son fuertemente dependientes y centralizadas en unos pocos sujetos. Consideramos que en ello ha jugado un papel importante el *capital social acumulado* de las personas que ocupan esos

lugares. Este tipo de capital⁶, permite potenciar los escasos recursos económicos y simbólicos, constituyéndose en una fuente de poder de algunos actores sociales. De este modo, a pesar de que los miembros de las organizaciones ocupan una misma posición en el espacio social, el capital social con que cuentan los referentes opera como un principio de diferenciación (Gutiérrez, 1997). De este modo, mientras que podemos observar una marcada cercanía entre quienes componen las organizaciones respecto de su capital económico y cultural, el capital social efectúa una operación de diferenciación entre los referentes y el resto de los miembros.

A su vez, dado que ese capital social con que contaban los sujetos que encabezaron los intentos de organización fue de suma importancia para que la misma pudiera constituirse, éstos pasan a ocupar un lugar de centralidad indiscutida para el resto de los miembros.

Llegado a este punto y preguntándonos ya específicamente por la figura de estos referentes (es decir, por las personas que a pesar del fuerte estigma con que carga esta actividad empiezan a pensar en la posibilidad de organizarse en pos de mejores condiciones de trabajo), nos vemos tentados a introducir como hipótesis la importancia que tuvo en estos casos la conformación de un *habitus* (Bourdieu, 1991) constituido en la actividad. Diremos entonces que una parte importante de quienes participan en experiencias de organización en torno al cartoneo y, fundamentalmente, quienes se ponen al frente de estas experiencias, tienen una historia biográfica ligada a la actividad que les permite percibirla y apreciarla de una manera diferente a la visión negativa que socialmente se tiene de ella. Así, el *habitus* – entendido como historia en estado incorporado - constituido en buena parte en torno a esta actividad permite que haya un acuerdo “entre lo que la historia ha hecho

⁶ Nos manejamos aquí con la noción de *capital social* desarrollada por Bourdieu según la cual se trata de “la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimientos y reconocimiento mutuos”. Además, apoyándonos en Auyero (1999) (quien retoma a su vez a Wacquant), consideramos de importancia tener en cuenta no sólo el *capital social formal* (compuesto por los lazos anclados en organizaciones formales en las que se participa como miembro o cliente) sino también el *capital social informal* (compuesto de vínculos basados en redes personales de intercambio, confianza y obligaciones recíprocas), más relevante en los procesos que aquí estudiamos.

Por otra parte, nuestro uso del concepto de capital social (concepto tan prolíficamente utilizado desde hace unos años) se diferencia claramente del uso que de él hicieron los organismos internacionales de crédito. Es esta mirada la que nos permite identificar que, como cualquier otro tipo de capital, tiende a generar y afianzar asimetrías y no sólo a establecer relaciones de cooperación y solidaridad como dichos organismos insisten en demostrar con programas tendientes al “empoderamiento” de los pobres.

de ellos y lo que la historia les pide que hagan”, acuerdo que permite que “puedan sentirse bien `en su lugar`” (Bourdieu, 1998: 13)⁷..

“Pero para mí no es ninguna “deshonradez” revolver la basura porque lo estoy haciendo bien, a pesar de estar sola. Lo estoy haciendo bien. Lucho por lo que quiero y lo logro. Logro porque veo que logro que me quieran gente, que me respeten y que me consideren como lo que soy: una cartonera; pero no porque sea una cartonera voy a dejar que nadie me pise, nadie. Porque con el respeto voy a cualquier lado. (...) Él [el hijo]es el único que viene, nada más que para acompañarme, hacerme compañía que no esté sola... y mi vida es esto. (...) Siempre cartonee y no tengo vergüenza de decirlo porque no es ninguna deshonra” (subdelegada TB, cartonea hace 24 años, fue su único trabajo)

Con Bourdieu, podemos ver cómo, aún las condiciones de trabajo más precarias y alienantes, “son aprehendidas, asumidas y tomadas a cargo por un trabajador que las percibe, las aprecia, las acondiciona, las acomoda y se acomoda a ellas en función de toda su historia propia e incluso la de todo su linaje” (1998: 23). Creemos que es en estos casos en que no se reniega de la actividad sino que se la conciben como un trabajo más entre otros, trabajo que puede ser mejorado y proyectado, que se pueden abrir paso las organizaciones y, en especial, las cooperativas. Así, los años dedicados a esta actividad, la transmisión generacional, el conocimiento de la calle y de los pormenores de la actividad, así como los valores y códigos compartidos son exhibidos con orgullo en los relatos. Así, si bien por lo general no descartan la posibilidad de obtener otro tipo de trabajo, la apuesta está en ir logrando mejoras de la actividad que les permitan seguir trabajando de esto pero en condiciones más ventajosas.

Acerca de las diferentes formas de posicionarse frente a la actividad y notas finales

Al comenzar esta presentación nos hacíamos la pregunta acerca de cómo algunos sujetos comienzan a vislumbrar la posibilidad de organizarse en torno a este trabajo - generalmente

⁷ Esto no quiere decir que toda la vida laboral haya estado vinculada al cartoneo ya que pocas veces hemos encontrado trayectorias laborales lineales; se trata más bien de trayectorias en las se han realizado otros trabajo –un porcentaje muy importante de los entrevistados han sido albañiles sin relación de dependencia- pero se ha tenido un contacto intermitente con el cartoneo, ya sea saliendo a cartonear cuando disminuía el otro trabajo, colaborando con algún miembro de la familia o viviéndolo en forma cercana por los vecinos del barrio

considerado como transitorio porque es sentido como denigrante y estigmatizante -, y comienzan a poner en práctica estrategias como las que mencionábamos. A partir de lo analizado hasta aquí queremos cerrar presentando una clasificación, muy general y esquemática, pero que buscamos sirva a modo de “mapeo” de las formas más habituales de posicionarse ante este trabajo según la trayectoria laboral de los sujetos. En consecuencia con lo hasta aquí desarrollado, esperamos, de este modo, situar la emergencia de las organizaciones estudiadas como resultado de un posicionamiento diferente respecto de la actividad por parte de estos referentes: diferente respecto de la percepción de la actividad que tienen la mayoría de los cartoneros pero fundamentalmente, respecto de la percepción que socialmente se ha construido de este trabajo.

Haciendo entonces una clasificación muy general, se pueden mencionar tres situaciones características en lo que respecta a la composición de la población según su recorrido laboral y su identificación con la actividad. Por un lado, entre las personas que se dedican al cartoneo se encuentran quienes tenían previamente trabajos de relativa formalidad⁸. En estos casos, el comenzar a vivir de lo que se encuentra en la basura ha significado una verdadera ruptura con respecto a su situación anterior alterando profundamente su universo de sentido. Como señalara Kessler para el caso de la pauperización de la clase media, también en este sector de los cartoneros podemos ver que la nueva situación se experimenta “(...) simultáneamente como una *dislocación personal y como una dislocación del mundo social que los rodea*. Esta doble percepción lleva a que no pueda producirse una “adaptación” en un sentido clásico del término: el acomodamiento a un contexto nuevo definido o indefinible” (1996). En el caso de estos trabajadores no hay posibilidad de adaptación básicamente porque ello implicaría el hecho de reconocer(se) que la situación por la que están atravesando presenta rasgos estructurales y, como tal, no factible de ser transformada en el corto plazo. Esta es justamente la mayor dificultad por la que atraviesan estos sujetos que suelen quedar ligados a su situación anterior, definiéndose aún por su actividad laboral previa y aferrados a la idea de que se encuentran atravesando una situación transitoria. A su vez, este profundo

⁸ Los resultados de un estudio recientemente realizado por Unicef indican que dos tercios de los jefes de hogar habían trabajado previamente en otra actividad y, entre ellos, el 29% había trabajado en relación de dependencia.

desarreglo de formas acostumbradas de vida social (Giddens, 1984) dificulta enormemente la realización del trabajo porque no se cuenta con el saber-hacer propio de la actividad. Por otra parte, la mayoría de las veces les resulta sumamente dificultoso adaptar sus propias herramientas/conocimientos previos a los requerimientos de la nueva tarea.

Esta dificultad para adaptarse a su situación actual de vida, que se refleja a su vez en una mínima interiorización del proceso de trabajo (interiorización que se reduce a lo indispensable para poder ponerla en práctica), conduce a que éste resulte notoriamente más arduo y menos redituable para estos trabajadores que en los casos que mencionaremos a continuación. En ciertas oportunidades, la necesidad de mejorar las condiciones de trabajo obliga a un aprendizaje y aceptación de las reglas de juego que conduce a una integración en la trama de relaciones del “mundo cartonero” mayor de lo que hubiesen deseado.

En algunos casos pudimos observar que, si bien podrían contar con algunos recursos provenientes de su capital social, pocas veces se recurre a los contactos o vínculos porque se considera que pondría en evidencia el estado de necesidad (Kessler, 1996). En estos casos, la sensación de vergüenza puede pesar más. Este es el caso de Noemí y el de muchos otros:

“Nosotros no estábamos acostumbrados...como yo digo, mis hermanos llegan a venir, me llegan a ver que yo estoy viviendo acá, en esta casita así y se mueren! [se refiere a una casilla ubicada en una de las villas de J.L.Suarez][E: ¿Por qué? ¿allá como vivías?] Allá todo es de material. Todos tenemos la casa de material. Mis hermanos están bien; mi hermano que está en Tucumán también. El de Tucumán se enojaba, me decía “ya que te cambiaste una casa para adelante ponete un kiosco, ponete un negocio” (se ríe)...si ve acá!... Mirá, él tiene un negocio, vende ropa, vende carbón ¿viste esos camiones por tonelada? Así es todo...”.

La vergüenza y la auto-estigmatización están permanentemente presentes. A su vez, la posibilidad de iniciar nuevos vínculos con personas que se encuentran atravesando una situación similar se dificulta debido a que se siguen sintiendo más cercanos al grupo de referencia anterior (con quienes, muchas veces, se han debilitado las relaciones) que al grupo de personas con los que

comparten actualmente su cotidianeidad pero a quienes ven como diferentes. Aún en los casos en que por el tipo de movilidad que utilizan están en permanente contacto con personas que se encuentran en una situación similar a la suya (como sucede con aquellos que utilizan los “trenes cartoneros” compartiendo diariamente viajes prolongados con otras personas que se dedican al cartoneo y que muchas veces provienen además del mismo barrio), hay un intento constante por generar una diferenciación entre los que serían “verdaderos cartoneros” y su propia situación que busca ser presentada como accidental y transitoria. Esto conduce a reforzar el individualismo que caracteriza a la actividad ya que se tiende a refugiarse en el aislamiento y a compartir el menor tiempo posible con aquellos a quienes se considera tan diferentes.

Por otro lado, hay personas que, en buena medida porque siempre han tenido trabajos informales e intermitentes, perciben a la recuperación de residuos como un trabajo más entre otros. En general, son personas que se mueven con facilidad en el mundo de la informalidad laboral y que van pasando de una “changa” a otra según las posibilidades que vayan surgiendo en el mercado informal de trabajo sin definirse con ninguna de estas actividades en particular. Muchas veces, incluso, suelen tener más de una actividad laboral al mismo tiempo: así, el salir a cartonear suele acompañar otras “changuitas” que no alcanzan por sí solas para la subsistencia y además permite garantizarse un ingreso en el período entre que ese otro trabajo se acaba y uno nuevo aparece. Quienes establecen este tipo de vinculación con la actividad no suelen proyectarse a sí mismos como cartoneros porque siempre están a la espera de que aparezca alguna otra posibilidad de trabajo. Los lazos que se generan suelen ser laxos e intermitentes. Esto dificulta la posibilidad de organizarse en torno de este trabajo ya que no aparece una necesidad o preocupación por mejorar una actividad en la que no se visualizan en un futuro cercano.

Finalmente, están las personas que perciben al cartoneo como un trabajo digno que debe ser valorado socialmente. Si bien no todos, la mayoría de estas personas tienen una trayectoria laboral íntimamente ligada a la actividad, ya sea en forma personal (aquellos que siempre se han dedicado a esto) o por la transmisión del núcleo primario (padres que han sido cirujas o han vivido siempre en

barrios donde la actividad laboral predominante era el cirujeo, por ejemplo). Por lo general, los trabajos previos (si los han tenido) no han tenido un peso demasiado importante en su experiencia socio-laboral. Esto permite que las personas que ubicamos en este tercer grupo tengan una percepción mucho menos conflictiva de la actividad laboral que realizan y que puedan proyectarse en ella sin que eso les genere preocupación o angustia:

“...caso Hugo, caso Oscar, que les gusta cartonear, que no los sacás así nomás para trabajar de albañil, pero piensan 900, 900, 900 [cuando les ofrecieron un trabajo de albañilería por ese dinero]... es signo pesos me entendés! Y ahí tenés que cumplir horario, en el otro no: es una ventaja” (Francisco)

Como intentamos sostener en este escrito son, por lo general, quienes logran generar algún tipo de organización en torno a este trabajo⁹. Como veíamos, en estos casos puede haber una valoración positiva de la actividad y un proyecto de sí en relación a ella. Entre los argumentos sobre los que se apoya esta posición se mencionan fundamentalmente las virtudes de trabajar en lugares abiertos, sin jefes y con la posibilidad de optar por jornadas de corta duración (limitadas a lo necesario para poder vivir). En algunos casos, la argumentación incluye una mayor toma de conciencia del circuito integral del negocio de la basura y del lugar subordinado que ellos ocupan en él, así como un intento por reivindicar los beneficios socio-ambientales de la actividad¹⁰.

En los relatos de las personas que ubicaríamos en este tercer grupo, aparece cierta inquietud por las profundas modificaciones que notan en la actividad a partir de los últimos años: ahora son muchos más y se gana mucho menos que en otros tiempos. Así, aparece una doble referencia al tiempo pasado: por un lado, desde el punto de vista económico, hay una añoranza de esos años en los que recuerdan que se ganaba más; no obstante, desde una perspectiva más ligada a lo social y simbólico, expresan que el hecho de que haya mucha más gente en la calle los ayuda a que se visibilice su situación y sean tomados más en cuenta.

⁹ Por supuesto, no estamos planteando aquí que todas las personas que tengan una trayectoria vinculada a la actividad tiendan a generar organizaciones en torno al trabajo. Por el contrario, es frecuente que por el hecho mismo de llevar mucho tiempo haciendo este trabajo de manera individual presenten especial reparo en cambiar la modalidad. No obstante, como intentamos demostrar, esta historia vinculada a la actividad tuvo una especial gravitación en los tres casos estudiados.

¹⁰ Para un desarrollo sobre este tema ver el artículo completo presentado en CLACSO.

De este modo, el tiempo que se lleva en la actividad y la posibilidad de organizarse en torno a la búsqueda de mejores condiciones laborales *en la actividad misma*, conllevaba un proceso de reafirmación del sujeto en la actividad y de *intitucionalización* de ésta¹¹. La participación de muchas de estas personas en la elaboración de la ley 992, con el propósito de ser contemplados como parte del servicio de higiene urbano, es una muestra clara de ello. Esto implica una mirada de largo plazo que no está presente en los dos casos anteriores.

“En 99, 2000 – ponele que exageraron los del diario Clarín-, [había] 2500 compañeros cartoneros; hoy hay 10000, 11 mil registrados, la mayoría son todos nuevos, perdieron los códigos, el respeto no está. No hay aquellos valores que se registraban. Hoy vos vas por una calle cualquiera y hay cinco carreros, y cinco peleándose por un cartón. Que es lo mismo, el laburo es secundario. A lo que se está apostando hoy en día son aquellas organizaciones que trabajen bien y son las que van a quedar, no van a quedar estos individualistas que van a trabajar solos; si no están organizados no van a llegar a nunca a ninguna parte. Trabajando bien ¿no? no pensando en engordar los bolsillos de una sola persona, sino creando y manifestando...” (Francisco)

Como reflexión final, nos interesa remarcar que, como intentamos desarrollar a lo largo de esta presentación, la conciencia de la potencialidad del colectivo por lo general no ha sido previa a la conformación de la autoorganización sino resultado de la misma y de su sostenimiento en el tiempo. Así, la valoración del colectivo y la resignificación de la actividad (identificación con la actividad) no necesariamente preceden a la conformación de estas experiencias sino que se constituyen en un ida y vuelta entre ambos procesos: las experiencias de autoorganización son posibles sólo entre aquellas personas que sienten alguna identificación con la actividad que están realizando y que pueden proyectarse en ella en un mediano plazo pero, al mismo tiempo, estos elementos terminan de tomar forma y consolidarse por medio de la organización.

¹¹ Ibid

Bibliografía

- Alvarez, Sonia (2000) - "Capital social y concepciones de pobreza en el discurso del Banco Mundial. Su funcionalidad en la "nueva cuestión social" ponencia presentada en la Jornada de Discusión *La cuestión social en Buenos Aires*, UNGS
- Antunes, Ricardo (1999) - *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo* (Buenos Aires: Colección Herramienta)
- Aspiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo; Schorr, Martín (2000) - "La reestructuración y el redimensionamiento de la producción industrial argentina durante las última décadas" en Instituto de Estudios y Formación CTA (Buenos Aires)
- Auyero, Javier (1999) - "La nueva vanguardia de los pobres. Notas de campo sobre los programas sociales y los intelectuales orgánicos del Banco Mundial", en *Apuntes de Investigación* (Buenos Aires) Año III N°4
- Bialakowsky, Alberto, Lusnich, Cecilia (2001) - "Proceso de trabajo y padecimiento en la exclusión social", ponencia presentada en el XXVIII Congreso Interamericano de Psicología (Chile)
- Bourdieu, Pierre (1991) - *El sentido práctico* (Madrid: Taurus)
- Bourdieu, Pierre (1980) - "Lo muerto se apodera de lo vivo: las relaciones entre la historia reificada y la historia incorporada" Traducción de E. Tenti: FCS,UBA, en *Actes de Recherches en Ciencias Sociales*, 32/33
- Busso, Mariana y Gorbán, Débora (2003) - "Resignificaciones identitarias en un difundido, difuso y conflictivo espacio de trabajo. Cartoneros y feriantes en calles argentinas", ponencia presentada en XXIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (Perú).
- Elias, Norbert (1970) *Sociología fundamental* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)
- Fajn, Gabriel (2002) - *Cooperativas de Recuperadores de Residuos. Exclusión social y autoorganización* (Buenos Aires: IMFC) Cuaderno de trabajo N° 2
- Giosa Zuazua, Noemí (1999) - "Desempleo y precariedad laboral en la Argentina de los años 90", en *Época* (Buenos Aires) Año 1, N°1.
- Gorbán, Débora (2004) "Formas de organización y espacio. Reflexiones alrededor del caso de los trabajadores cartoneros de José León Suárez", Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- Gutiérrez, Alicia (1997) - "La pobreza desde adentro o las estrategias de reproducción social", UNQ, en <<http://www.naya.org.ar/miembros/congresos/indices/indice-pob2htm>>
- Kessler, Gabriel (1996) - "Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia", en Beccaria y López (Comp.) *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina* (Buenos Aires: Unicef/Losada)
- Kohes, Jessica (2005) - "Cuando la ciudadanía apremia. La ley cartonera y la emergencia del cartonero como actor público" en Delamata, Gabriela (comp.) *Ciudadanía y Territorio* (Buenos Aires: Espacio)
- Paiva, Verónica (2004) - "Las cooperativas de recuperadores y la gestión de residuos sólidos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires", <<http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numespecial2004>>
- Suárez, Francisco (2001) "Actores sociales de la Gestión de Residuos Sólidos de los Municipios de Malvinas Argentinas y José C. Paz", Tesis de Maestría, UNGS.
- Schamber, Pablo y Suárez, Francisco (2002) "Actores sociales y cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense", en *Revista Realidad Económica* (Buenos Aires).
- UNICEF (2005) - *Informe sobre trabajo infantil en la recuperación y reciclaje de residuos*, (mimeo).
- Vuotto, Mirta (2002) <http://www.segundoenfoque.com.ar> octubre.
- Zlotogwiazda, Marcelo "La macroeconomía del cartoneo", en *Página/12* del 28/09/2004

